

EVO PUEBLO¹

LA HEGEMONÍA DEL MAS EN BOLIVIA

ÍÑIGO ERREJÓN GALVÁN²

0. Introducción. 1. La Teoría del Discurso: articulación, hegemonía, populismo. 2. El Estado boliviano. Periferalización, fragmentación territorial e incapacidad hegemónica. 3. Ruptura y articulación del “Pueblo”. 4. Recapitulando: Despliegue de la hegemonía y tensiones actuales.

0. INTRODUCCIÓN

El MAS y Evo Morales llegaron al Gobierno de Bolivia en medio de una crisis orgánica del sistema político, que condujo al descrédito de todos los partidos “tradicionales” –aunque algunos no contasen con más de dos décadas de existencia- y a la generalización de la necesidad de “refundar el país”. La inédita victoria electoral del 18 de diciembre de 2005 –cerca del 54% de votos a la candidatura de Morales- supuso la apertura de un proceso conflictivo de reordenación institucional y profundas reformas estatales.

1 Publicado originalmente en: *¡Ahora es cuando carajo! De el asalto a la transformación del Estado en Bolivia*. Errejón Íñigo y Alfredo Serrano (comp.) El viejo Topo 2011. El título hace referencia a la película que recrea la vida del hoy Presidente de Bolivia, y que se convirtió en un potente instrumento de comunicación y propaganda popular oficialista. También fue un lema empleado por el MAS en la campaña electoral presidencial de diciembre de 2009.

2 Investigador en Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid, donde se ha doctorado recientemente con su trabajo sobre la construcción discursiva hegemónica del Movimiento Al Socialismo durante la primera legislatura de Evo Morales y el proceso constituyente (2006-2009). Es además miembro del Consejo Directivo de la Fundación CEPS, con la cual estuvo trabajando como asesor de la Asamblea Constituyente boliviana y en diferentes proyectos de formación política.

Exactamente cuatro años después, el 9 de diciembre de 2009, la candidatura de Evo Morales y Álvaro García Linera a Presidente y Vicepresidente del país, obtenía una victoria aún mayor, del 63% de los votos. En paralelo al cambio electoral, una transformación político-discursiva menos explícita pero más radical había modificado la política boliviana en esos años: no es sólo que el Movimiento Al Socialismo fuese la fuerza más votada, es que su diagnóstico de la realidad, sus símbolos y propuestas, habían pasado a ser parte del imaginario colectivo de los bolivianos. En otras palabras, todo actor político que se pretenda relevante en Bolivia, incluso desde la oposición más furibunda al gobierno, debe ahora moverse dentro de los marcos culturales y hablar con el lenguaje que están en la base de un sentido común favorable al oficialismo.

Este capítulo parte de la teoría del discurso y la hegemonía para explicar la enorme capacidad del Movimiento Al Socialismo para articular y dirigir una voluntad colectiva mayoritaria en el país. En primer lugar por tanto, se abordan de forma sucinta los elementos fundamentales de este enfoque teórico. Se presta especial atención al concepto de “populismo”, proponiendo un significado del mismo alternativo al de su acepción dominante, peyorativa aún si de contornos difusos. Con estas herramientas analíticas se emprende el examen de la construcción de hegemonía del MAS en Bolivia.

No obstante, antes es necesario realizar un mínimo ejercicio de contextualización histórica. En el epígrafe número dos se defiende la tesis del “vacío hegemónico” que ha caracterizado históricamente al Estado boliviano, y se desarrollan brevemente sus causas. Este recorrido permite comprender en su amplitud el proyecto de reforma neoliberal del Estado, así como las razones de su ulterior fracaso.

El tercer epígrafe, el más extenso, se dedica a analizar el desarrollo de la hegemonía del Movimiento Al Socialismo siguiendo los pasos de su (re)construcción de un *pueblo* boliviano encarnado en los sectores subalternos, indios y pobres. El estudio del proceso de constitución de este *pueblo* no sólo explica su contenido ideológico, que permite definir el discurso oficialista como “nacional-popular indígena”; también arroja importantes lecciones sobre la política hegemónica. En primer lugar, se repasa el proceso por el cual las resistencias a las reformas neoliberales se concatenan provocando un principio de ruptura y dicotomización del espacio social boliviano, que separa a las élites, unidas en su deslegitimación, del resto del país. En el paso de la contrahegemonía a la hegemonía expansiva, la acumulación de reivindicaciones frustradas se articula en una identidad popular, siendo catalizada por las figuras claves del MAS como partido-movimiento y de Evo Morales como nodos que unifican un conglomerado heterogéneo de grupos

y aspiraciones. Por último, se aborda mínimamente el principal desafío que enfrentó el despliegue hegemónico oficialista: la identidad regional del oriente, reproducida y movilizada por las élites políticas y económicas de la “Media Luna”. Éste ha sido el único relato capaz de generar solidaridades enfrentadas a la identidad oficialista. El conflicto regional, que estuvo a punto de colapsar el proceso constituyente, ha decaído considerablemente en la medida en que la demanda de “autonomía” ha sido incorporada al discurso oficialista y a la nueva Constitución Política del Estado.

Esta tensión entre la ruptura y la recomposición política marca las dificultades presentes y futuras del Gobierno del MAS en Bolivia. En el conflicto contra el Estado neoliberal se generaron alianzas heterogéneas unidas principalmente por la impugnación de lo existente, que son difíciles de mantener en un contexto de sedimentación e institucionalización de una nueva correlación de fuerzas en el Estado. Entre los muchos retos del Gobierno del MAS está el construir, a partir de mimbres extremadamente débiles, un Estado incluyente, capaz de generar y redistribuir riqueza. En ese pasaje la hegemonía oficialista va a dirimirse en la capacidad para recrear enemigos que mantengan la unidad simbólica del “pueblo” y políticas públicas que efectivamente contribuyan a la emancipación de los sectores sociales históricamente subalternos.

El capítulo pretende así ofrecer una visión amplia sobre la construcción de hegemonía en Bolivia, que es uno de los hechos más relevantes del proceso político que se abrió en el país con la crisis de Estado provocada por las luchas contra las políticas de despojo neoliberales. Se propone y aplica al caso práctico estudiado el enfoque de la Teoría del Discurso y la Hegemonía para la comprensión de los fenómenos de articulación que están detrás de los cambios sociales y el ejercicio del poder político, y de *lo* político como tal en última instancia. Este esfuerzo puede contribuir a clarificar la naturaleza política del Gobierno de Evo Morales, su genealogía y qué se puede esperar de él. También puede, en menor medida, contribuir a la discusión sobre el cambio político emancipador en América Latina y, ojalá, en escenarios políticos más cerrados para las clases subalternas.

I. LA TEORÍA DEL DISCURSO: ARTICULACIÓN, HEGEMONÍA, POPULISMO

1.1 La política como generación de sentido

La política contemporánea está profundamente marcada por la fragmentación, de tal manera que lograr la “unidad” del sujeto privilegiado es la tarea primera y

primordial de todos los movimientos que aspiran a reorganizar la vida social y a ejercer el poder político. La creación de solidaridades compartida entre los miembros de una nación para los nacionalistas, del proletariado o la multitud para los marxistas, o de la umma para los islamistas; sin que unidad signifique necesariamente reducción a la homogeneidad, ningún actor político puede hoy dar por sentada la constitución política del sujeto al que se dirige. En ese sentido, y muy a su pesar en la mayoría de los casos, todos ellos son “postmodernos”.

La construcción subjetiva es hoy, de manera más nítida que antes, un momento central de la política. La Teoría del Discurso se ocupa precisamente de la acción política como generación de sentidos compartidos que, aunque descansan en elementos materiales “objetivos”, no puede derivarse “naturalmente” en modo alguno de ellos.

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe fijaron, con “Hegemonía y estrategia socialista” (1985) los cimientos de este enfoque. Laclau y Mouffe realizaron una reivindicación heterodoxa del pensamiento de Antonio Gramsci, que desafiara la concepción tradicional de la izquierda de la ideología como “falsa conciencia”.

Este esquema explicativo presentaba el problema de la frecuente contradicción entre la realidad estructural y su manifestación superestructural, y en el terreno de la ciencia política, entre lo que los actores “realmente son” y lo que ellos dicen ser y por lo que guían su conducta, a menudo en disonancia.

Lukács ofreció un intento de solventar las grietas en la teoría política marxista abiertas por la creciente distancia entre lo que los sujetos sociales debían ser objetivamente y su comportamiento político efectivo: la “clase en sí” no siempre coincidía con la “clase para sí”³. Este esquema señala adecuadamente la tarea principal de una política autónoma de las clases subalternas: construir el sujeto político de “los de abajo”. Esa construcción debe basarse en la identificación de “dolores” compartidos –en la expresión de Boaventura de Sousa Santos–, pero su siguiente paso es la articulación de todos ellos en un sentido unitario, y su agrupación mediante una nominación que constituya el colectivo. Esta es una tarea contingente y discursiva. Se trata de la producción de voluntad colectiva de la que hablaba Gramsci, como la forma en la que un grupo social concreto ejerce la dirección del conjunto social integrando en forma subordinada a la mayoría, aislando a los menos, y encarnando con éxito el interés general⁴.

3 Lukács, G. (1969 [1923]) *Historia y conciencia de clase*. Traducción de Manuel Sacristán. México DF: Grijalbo. Disponible en Internet en: <http://www.quedelibros.com/libro/8338/Historia-y-Conciencia-de-Clase-pdf.html>

4 En concreto ver: *Cuadernos V*, pp. 36-37; en Gramsci, A. (2000 [1929-1937]) *Cuadernos de*

En consecuencia, los alineamientos políticos de una sociedad –las razones que unen y enfrentan a la gente- no pueden darse por determinados en ninguna esfera externa a la política. Esto no equivale en modo alguno a defender que sean arbitrarios, que cualquier criterio pueda convertirse en una fractura que ordene el campo político, pero sí a postular que ninguna condición material produce por sí misma posiciones y subjetividades políticas.

1.2 *La hegemonía*

La capacidad de ordenar el campo político a favor de las propias posiciones se llama “hegemonía”. Éste es un concepto hoy en día masivamente vulgarizado y empleado como sinónimo de “liderazgo”, “primacía” o incluso de “victoria”. Es preciso, por tanto, acercarse a su significado original dentro del pensamiento de Antonio Gramsci, el revolucionario y teórico político italiano. Una exposición del pensamiento gramsciano siquiera sea sólo el relativo al concepto de hegemonía, excede con mucho los límites de este trabajo. En otro lugar ya intento ocuparme de ello en profundidad⁵. En esta ocasión, basta con apuntar una definición mínima del concepto de hegemonía, central en este texto.

Aunque el término era ya empleado por la socialdemocracia rusa y posteriormente por la Internacional Comunista, es Gramsci el responsable de una ampliación histórica y política del concepto de “hegemonía”. La interpretación de Lenin la equiparaba a una operación que consiste básicamente en una suma de identidades diferentes bajo el liderazgo táctico del proletariado por medio de su vanguardia. Es, por lo demás, una consecuencia de una anomalía histórica: el “desarrollo desigual y combinado”⁶ era responsable de una “malformación” estructural, por la

prisión México DF: Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 6 vol.; traducción de la edición del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana. En general, algunas de las aplicaciones de conceptos gramscianos al análisis esbozado en este texto están tomadas de Portelli (1974), Femia (1987) o Morton (2007)

- 5 Las reflexiones sobre la construcción discursiva de identidades populares son parte de mi Tesis doctoral recientemente defendida, centrada en el proceso político boliviano (Errejón, 2011). En ella me ocupo de la concepción de hegemonía en Gramsci con la extensión mínima que merece. Como referencias básicas baste apuntar la antología comentada de Manuel Sacristán (1974), el mayor experto en la obra de Gramsci en el Estado español, el trabajo de Gerratana (2000) o, más recientemente, el esfuerzo de “traducción” y reivindicación de las categorías realizado por Campione (2007)
- 6 Este es un concepto de León Trotsky para explicar los diferentes ritmos y formaciones sociales provocadas por la expansión asimétrica del capitalismo en el mundo. Ernest Mandel (1978) desarrolló esta idea hasta elaborar una teoría sobre los efectos del intercambio desigual en la geografía del imperialismo. David Harvey, más recientemente, lo denomina “la producción capitalista del espacio” (Harvey, 2002)

que en Rusia el proletariado debía suplantar a una subdesarrollada burguesía doméstica conduciendo a una amplia y heterogénea coalición en primer lugar hacia la realización de tareas democrático-nacionales y la liquidación del feudalismo. (Femia, 1987: 24) Para Gramsci, en cambio, la hegemonía es la forma habitual y principal de política en las sociedades occidentales con una sociedad civil desarrollada, en la que las clases dominantes son capaces de construir un bloque histórico que, más allá de la convergencia de intereses tácticos entre grupos que permanecen intactos dentro de la alianza, trastoca profundamente las identidades particulares. Si para el ruso hegemonía es suma de elementos independientes en una situación histórica anómala, para el italiano es articulación de intereses corporativos en una nueva voluntad colectiva, operación básica de la política en las sociedades modernas. (Portelli 1974: 70)

Para Gramsci, en consecuencia, la toma del poder por parte de las clases populares exige un combate cultural e ideológico prolongado -“Guerra de posiciones” por oposición a la “guerra de movimiento” como asalto directo y frontal que conquiste la maquinaria estatal (Cuadernos, III: 150-151⁷). Este combate político, que se desarrolla fundamentalmente en la sociedad civil, es el que debe sustituir el “sentido común” que normaliza la supremacía de un sector social por un horizonte diferente, que aglutine todas las reivindicaciones parciales articulándolas en un proyecto de sociedad diferente. (Cuadernos, V: 62) En este sentido, Gramsci afirma que (...) *la guerra de posiciones en política corresponde al concepto de hegemonía* (Cuadernos, III: 244)

La estabilidad de las democracias liberales en occidente se debe a que las clases propietarias son capaces de incluir en el bloque dominante a otros grupos subordinados, y de convencer a importantes sectores de los grupos subalternos de que su dominio es en beneficio del conjunto de la sociedad, a cuyo desarrollo sirve. De esta forma, la supremacía está siempre compuesta por una combinación –variable en cada régimen- de consenso y coerción, en la cual el segundo elemento neutraliza a los grupos no neutralizados por el primero. En palabras de Anderson:

la estructura normal del poder político capitalista en los estados democrático-burgueses está, en efecto, simultánea e indivisiblemente dominada por la cultura y determinada por la coerción (1981: 6) “Dominada” significando la preponderancia del consenso, y “determinada” significando la presencia mediada de la coerción como “ultima ratio”.

7 Las referencias de *Quaderni del carcere* de Antonio Gramsci han sido tomadas de la edición *Cuadernos de la Cárcel*, (2000) de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 6 volúmenes, traducción de la edición del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana. Así, se cita como “Cuadernos” seguido del número de tomo y la página de la cita.

Esta operación es, en Gramsci, la “construcción de voluntad colectiva nacional-popular”, por la que el proletariado pasa de una fase “económico-corporativa” a una “ético-política”, es decir: convierte sus demandas y proyectos particulares en el principio de articulación de un proyecto universal. Esta encarnación de lo universal por un particular es lo que llamamos hegemonía:

la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no en el plano corporativo sino en un plano “universal”, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados (Cuadernos... V, pp. 36-37)

La actividad política es, en consecuencia, un permanente combate por la articulación de grupos sociales y demandas en uno u otro sentido. Las clases dominantes pugnan por mantener su hegemonía incluyendo parte de los grupos dominados con sus intereses en forma subordinada, y dispersando al resto. Poulantzas, lo expresa en los siguientes términos:

[...] Los aparatos del Estado organizan- unifican el bloque en el poder desorganizando- dividiendo permanentemente a las clases dominadas, polarizándolas hacia el bloque en el poder y cortocircuitando sus organizaciones políticas propias.[...], [Así] el Estado condensa no solo la relación de fuerzas entre fracciones del bloque en el poder, sino igualmente la relación de fuerzas entre este y las clases dominadas. (Poulantzas, 1979: 169)

Un proyecto contrahegemónico por parte de los grupos subalternos, por el contrario, tratará de evitar la absorción individual de las reivindicaciones formuladas al aparato estatal, agrupándolas y resignificándolas dentro de un horizonte alternativo que señala un mal social fundamental y sus culpables, así como la solución posible y el sujeto colectivo que debe realizarla.

El concepto de hegemonía en Gramsci enfatiza así, más allá de todo mecanicismo, el principio fundamental de lo político: la construcción de sentido mediante la articulación de lo disperso, en un terreno marcado por el conflicto. Desde posiciones ideológicamente muy diferentes, Carl Schmitt afirma algo similar cuando dice que tener el poder significa, sobre todo, tener la posibilidad de definir si un hombre es bueno o es malo (Schmitt, 2010 [1947]: 40)

1.3 La construcción del pueblo en Laclau

Ernesto Laclau ha realizado un desarrollo particular y polémico de la investigación sobre la hegemonía. Para él, la ordenación del campo político es siempre una

producción de identidades que se establecen según la lógica de oposición binaria, en un terreno marcado por la contingencia, la heterogeneidad y el conflicto⁸.

Los sujetos no anteceden a sus demandas políticas, sino que es la forma de agregación de éstas la que define las posiciones de cada grupo. Existen dos lógicas fundamentales de articulación de demandas: la “democrática”, por la cual cada demanda es tramitada individualmente por las instituciones y las relaciones entre grupos se dan primando sus respectivas particularidades, y la “popular”, en la cual las diferentes demandas insatisfechas se encadenan en base a su común frustración. (Laclau y Mouffe, 1985: 131) En este último caso se dan las condiciones para la suma de voluntades y grupos en oposición al régimen existente, desde la convicción de que sus necesidades parciales no van a ser resueltas por unas élites ampliamente deslegitimadas.

En franco desafío al uso dominante del concepto, Laclau ha denominado recientemente a estas situaciones “rupturas populistas” (Laclau, 2006). En su sugerente libro “La razón populista” (2005), señala las limitaciones y déficits de todos los intentos de definir el populismo como ideología⁹, para a continuación proponer entenderlo como una forma de construcción de identidades políticas que se caracterizaría, precisamente según sus críticos más feroces, por su “vaguedad ideológica” y por su “simplificación del espacio político” (Méndez y Morales, 2005).

8 Ver *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (Butler, Laclau y Žižek, 2004) posiblemente la mejor discusión de la heterogénea, y mal avenida, área de estudios del discurso y la hegemonía.

9 El populismo como fenómeno ha sido estudiado desde enfoques muy variados. Los más destacados son la teoría sociológica de la modernización, los análisis dependentistas marxistas –específicamente latinoamericanos– y los análisis ideológicos. Para las mejores versiones del enfoque del populismo como una ideología propia de sociedades “inmaduras” o en proceso de modernización, ver: Germani (1978) o Di Tella (2001). Análisis de fuerzas políticas y regímenes “populistas” desde la perspectiva marxistas pueden encontrarse en: Cardoso (1973), Vilas (1981), Ianni, (1975) Touraine, (1989 y 1998) o Portantiero (1999). Por último, para intentos rigurosos, aunque no demasiado exitosos, de definir el populismo en tanto que ideología a partir de un listado mínimo de elementos constitutivos, ver: MacRae (1969), Wiles (1969), Minogue (1969) o Canovan (1981). Queda fuera de los objetivos de este texto glosar la revisión crítica que Laclau realiza de estas teorías, y sus limitaciones a la hora de comprenderlo como una forma de articulación discursiva de identidades, y en todo caso puede consultarse en “La razón populista” (Laclau, 2005: Capítulos 2 y 3). Me he ocupado en otros lugares tanto de la discusión específica del concepto de “populismo” a la luz de la experiencia del MAS en Bolivia (Errejón, 2010b), como de la problematización de la denigración teórica del concepto y sus implicaciones políticas generales. (Errejón, 2011b). Para la problematización del concepto de “populismo” y su relación con la democracia en los procesos políticos latinoamericanos contemporáneos, ver el artículo de Francisco Panizza “Fisuras entre populismo y democracia en América Latina” (2008)

La “vaguedad ideológica” del populismo debe ser tomada, para Laclau, no como una expresión de su “inmadurez” sino de su carácter esencialmente político. De esta forma, la relativa “vaguedad” del populismo sería la condición para poder articular la heterogeneidad social en significados políticos relevantes (Laclau, 2005: 32)

La “simplificación del espacio político”, por su parte, debe ser entendida, según este esquema, no como un fenómeno propio de sociedades “no modernas” –pues entonces no podría aplicarse el término “populista” a fenómenos como los populismos xenófobos en Europa, por ejemplo- sino como el rasgo esencial de la politización. La dicotomización del campo político en dos polos amplios y necesariamente imprecisos –pues de otro modo no podrían abarcar una seria amplia de particularidades- es una de las lógicas constituyentes de la política, que está siempre presente, en mayor o menor grado, en todo discurso.

Así las cosas, si el populismo se caracteriza por su vaguedad ideológica y ésta es la condición para producir identidades políticas en un contexto social profundamente disgregado, y si, por otra parte, su simplificación del espacio político es la operación esencial del conflicto, entonces tenemos que *el rasgo distintivo del populismo sería sólo el énfasis especial en una lógica política, la cual, como tal, es un ingrediente necesario de la política “out court”* (Laclau, 2005: 33)

La desconfianza hacia el “populismo” sería entonces, en realidad, desconfianza hacia la política misma y expresaría el deseo inconfesado de sustituirla por un conjunto de técnicas administrativas que diluyan el conflicto y por tanto “naturalicen” el orden existente como neutral y bueno para todos. Es lo que el teórico político Slavoj Žižek (2007: 34) llama la *post-política*: esa lógica que *poco a poco elimina la dimensión de universalidad que aparece con la verdadera politización*. El objetivo de los grupos dominantes es entonces desactivar la dimensión “universal” de las protestas, esto es, despolitizarlas, ya que *la situación se politiza cuando la reivindicación puntual empieza a funcionar como una “condensación metafórica” de una oposición global contra Ellos, los que mandan, de modo que la protesta pasa de referirse a determinada reivindicación a reflejar la dimensión universal que esa específica reivindicación contiene*. (Žižek, 2007: 40)

A ésta lógica de disolución de lo político en una gestión aislada de cada demanda planteada al sistema de poder, Laclau la llama “lógica de la diferencia”. La otra forma de producción de lo político es la “popular”, caracterizada por la agrupación de demandas insatisfechas en torno a una reivindicación específica que en un momento concreto se vacía tendencialmente de sentido particular para pasar a representar ese “universal” construido como rechazo al *status quo*. Las identidades

populares, entonces, son aquellas que se construyen *a través de la expansión de cadenas de equivalencia que subvierten el carácter diferencial de las identidades discursivas* (Laclau y Mouffe, 1985: 128) y dividen el espacio político en dos mediante la fijación de una frontera (Laclau y Mouffe, 1985: 131) Para que estas cadenas de equivalencias se consoliden, hace falta que cristalicen en consignas o palabras en disputa que, por la sobrecarga de significados que se le han atribuido históricamente, dejan paulatinamente de ser conceptos para ser nombres: son significantes tendencialmente vacíos, susceptibles de ser llenados por uno u otro contenido particular, en cuyo caso pasan así a designar la nueva totalidad construida. (Laclau, 1994b: 167) “Justicia”, “libertad” o “patria” son ejemplos de significantes tendencialmente vacíos.

Cuál sea la frontera que divida y ordene el campo político depende del choque entre cadenas equivalenciales de demandas. Se trata, en última instancia, de cuál sea la “dimensión ganadora” en torno a la cual se produzca la ruptura y se reordene el terreno de lo político. Ésta es siempre una operación discursiva, puesto que aunque haya condiciones materiales “objetivamente existentes”, éstas sólo se hacen inteligibles y “se politizan” mediante el discurso: que existan grandes masas de personas cuya supervivencia depende de la venta de su fuerza de trabajo es un hecho material objetivo; Sin embargo que éstas intervengan políticamente en función de una identidad compartida como “clase trabajadora” —en lugar de, por ejemplo, su nacionalidad o su religión— no tienen nada de necesario, sino que es el resultado de una práctica discursiva que construya esa identidad política. Por eso afirma Laclau que *Cualquier identidad social [conlleva] necesariamente, como una de sus dimensiones, construcción, y no simplemente descubrimiento* (Laclau, 1994: 3)

Es en ese sentido que la construcción de identidades políticas y la hegemonía están inseparablemente unidas. Lo nacional-popular debe su nombre a que fija esa frontera generalmente en términos de “nación VS oligarquía”.

La gestión del antagonismo es crucial en este punto. Una lógica institucionalista tratará de reunir a toda la comunidad en una lógica pura de la diferencia, evitando fracturas y reduciendo el espacio para la política a la mera gestión de problemas particulares no antagónicos. La construcción populista del pueblo, sin embargo, tenderá a crear a éste desde la investidura de los sectores populares. La polisemia de lo popular, entre el pueblo como la totalidad de la comunidad política y lo popular como lo asociado a las clases populares o mayorías empobrecidas de una sociedad, es el espacio para la práctica de la hegemonía, a través del recurso literario de la sinécdoque por el que la parte designa al todo:

una “plebs”- los sectores más desfavorecidos- que reclame ser el único “pópulus” legítimo- es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad. (Laclau, 2005: 108)

Para el caso concreto de Bolivia en el que se centra esta investigación, Luis Tapia parece coincidir con esta identificación entre hegemonía y construcción nacional-popular:

Uno de los rasgos de la composición política en el campo de lo popular, es que la clase trabajadora, obreros y campesinos, han articulado en su organización, acción y discurso un horizonte más amplio que el corporativo [de tal manera que] piensa lo nacional en el horizonte de Bolivia (Tapia, 2004: 23)

2. EL ESTADO BOLIVIANO. PERIFERIALIZACIÓN, FRAGMENTACIÓN TERRITORIAL E INCAPACIDAD HEGEMÓNICA

El antropólogo Pablo Regalsky describe, en su libro “Etnicidad y clase” (2003), la historia del estado boliviano como una guerra permanente, de diferentes intensidades y modalidades según los momentos históricos, frente a las comunidades indígenas andinas y subandinas por el manejo del espacio.

La Corona española administró el espacio colonial a través de un complejo sistema que, respetando la organización comunitaria y las autoridades indígenas, las subordinaba a un orden político dedicado a la expansión del catolicismo y, sobretudo, a la extracción de materias primas para la metrópoli. Así, la actual Bolivia, constituida en Audiencia de Charcas bajo el Virreinato del Perú en razón de su importancia minera, quedaba dividida en “dos Repúblicas”, la de los indios y la de los colonizadores. La república de indios mantenía cierta autonomía en su organización y manejo de la tierra siempre que cumpliera con el tributo agrícola y la “mita”, o sistema de extracción de trabajo forzoso de las comunidades indígenas hacia las minas, realizada deformando una tradición colectivista originaria y a través de las propias autoridades, los caciques, implicados en la cadena de dominación y explotación colonial (Regalsky, 2003: 45 y 46).

La llegada de la independencia, no obtenida por las masas indígenas en sus numerosos levantamientos sino por los criollos descendientes de los conquistadores, supone el intento liberal de construcción de un estado moderno de propietarios individuales y de gestión mercantil- capitalista de la tierra. En la práctica, el Estado no pudo prescindir, por su debilidad, del tributo de las comunidades hasta el auge del estaño. No obstante, la guerra permanente contra la propiedad comunitaria presidió la época del Estado liberal: *Por detrás de esta idea de “independencia nacional” se hallaba la de borrar*

el espacio autónomo de la comunidad indígena, que era considerada un estorbo anticuado y un obstáculo al progreso liberal y a la civilización (Regalsky, 2003: 54).

Lejos de su objetivo inicial de constituir un mercado de tierras compuesto por pequeños propietarios, esta ofensiva discontinua y problemática engendró un sistema desigual de latifundios semi-feudales y reductos de resistencia comunitaria. En cualquier caso, el estado que debía imitar a sus modelos europeos no dejó de ser una imaginación fragmentada, tangible tan sólo en los núcleos urbanos y las minas. En esto coinciden diferentes autores estudiosos de la estatalidad boliviana (Regalsky, 2003; Romero, 2003; García Linera 2007b).

Las selvas amazónicas del norte del país y los fértiles llanos del este y el sur, mientras tanto, permanecieron casi inexplorados hasta que la expansión de la goma a comienzos del siglo XX asociada a la incipiente industria automovilística produjo las primeras colonizaciones y migraciones masivas. La estructura terrateniente y colonial del poder y la tenencia de tierras, no obstante, permaneció inalterada. Allí la confrontación con los pueblos indígenas, mayoritariamente nómadas, no estuvo matizada por ninguna necesidad de mediación, y puede ser caracterizada de manera más contundente como una “guerra de expropiación”. (Maclean, 1987: 35-60).

El estado criollo y liberal, por tanto, se consolidó sobre la misma geografía política y económica fragmentada de la colonia, afirmando así su carácter oligárquico y su intrínseca debilidad “nacional”, traducida en falta de hegemonía de las clases dominantes y un permanente recurso al ejército para sustentar su poder político.

La Revolución Nacional de 1952 se fraguó, de forma significativa, en las trincheras de la Guerra del Chaco (1932-1935), cuando la movilización militar alimentó la “comunidad imaginada” de la nación boliviana entre combatientes de territorios y culturas extremadamente diferentes y antes ajenos entre sí, que eran así conscientes por primera vez de su común enajenación del estado oligárquico minero-feudal (Dunkerley, 1984). La insurrección minera y campesina fue capitaneada por una incipiente clase media urbana y mestiza y su discurso nacionalista de modernización estatalista y desarrollista.

La Revolución nacionalista produjo transformaciones tan importantes como la reforma educativa, el voto universal, la nacionalización de las minas o la reforma agraria en el occidente andino —que fragmentó la tierra en miles de minifundios de escasa productividad, a la vez que permitió el retorno a formas comunitarias de explotación y gestión de la tierra y el territorio. Sin duda el mayor esfuerzo de modernización e integración territorial del país, la Revolución buscó reforzar la estatalidad a través de un discurso homogeneizante y nacionalista que substituyó el

calificativo de “indígenas” por el de “campesinos” para las mayorías sociales rurales andinas, a la vez que desarrollar en el oriente un polo de producción agropecuaria articulado a un naciente mercado nacional.

El esfuerzo desarrollista, sin embargo, chocó con la rígida inserción dependiente y subdesarrollada¹⁰ de Bolivia en el mercado mundial y con la propia debilidad endémica de la burguesía nacionalista nacida de la revolución, cuya fuente de poder era exclusivamente el manejo del estado y las empresas nacionalizadas – fundamentalmente la minera COMIBOL- , y que se encontraba atrapada entre un pujante movimiento obrero y las férreas directrices norteamericanas.

Pese a los avances, el espacio “nacional” boliviano siguió fragmentado y regido por diferentes lógicas: el campo dividido entre la pequeña producción comunitaria en el occidente y los ingenios agroindustriales en el oriente, las minas y el escaso sector industrial regidos por un proyecto de capitalismo de estado, las ciudades reuniendo formas mercantiles-artesanales primarias, enclaves de desarrollo capitalista moderno y bolsas de subsistencia sostenidas por un denso tejido social gremial o colectivista (Romero, 2003) (García Linera, 2007).

El neoliberalismo, implementado en Bolivia con una virulencia sólo comparable en América Latina con las reformas económicas en Chile auspiciadas por la dictadura de Pinochet, puede ser descrito como una alternativa a la fracasada modernización nacionalista de Estado emprendida por la revolución nacional tres décadas antes. En 1985, significativamente el mismo partido, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, que había liderado y encarnado la Revolución Nacional, capitanea ahora la destrucción de su legado. El programa de ajuste económico proyectó la modernización y el desarrollo basados en la integración de la población boliviana como “ciudadanos de mercado” a un régimen de acumulación en el que el estado tenía como fin velar por la inversión privada (Kohl y Farthing, 2006).

Dos grupos de reformas contribuyeron a debilitar la dinámica política “nacional” y acentuar las tendencias localistas o centrífugas. Por una parte, el “reconocimiento” de la multiculturalidad del país y la descentralización y el gasto público, eran medidas destinadas, entre otras cosas a poner fin a la mediación sociedad-estado a través de las estructuras sindicales, y a inaugurar una ciudadanía individual en la cual el mercado fuese el ámbito privilegiado de encuentro e intercambio social, y las ONGs

10 Se siguen, para esta caracterización, fundamentalmente los trabajos de André Gunder Frank (1972), (1979), quizás el economista de la Teoría de la Dependencia que resulta más útil para poner en relación la dinámica de desarrollo desigual en el mercado mundial con la naturaleza política del subdesarrollo.

y agencias de cooperación internacional sustituyesen en diferentes ámbitos las políticas públicas de lucha contra la pobreza (Postero, 2007: 16-18). En su conjunción con las medidas de desregulación económica, consiguieron erosionar drásticamente el rol nacional de la Coordinadora Obrera Boliviana (García Linera, 2007).

No obstante, proveyó a los sectores subalternos duramente golpeados y fragmentados por las reformas económicas - privatizaciones, desregulaciones, cortes en el gasto público, despidos- de una nueva y a la larga poderosa base para la resistencia y la movilización.

Las identidades étnico-comunitarias de los pueblos originarios y la municipalización de la política permitieron el reagrupamiento de los sectores populares en una agencia política nueva: una pléyade de movimientos sociales, sindicatos indígenas-campesinos, organizaciones barriales o territoriales, agrupaciones de trabajadores informales (Hylton y Thomson, 2007).

Por otro lado, las reformas económicas neoliberales, al retirar al estado de más rol económico que la protección de la propiedad privada, estimuló la fragmentación del territorio nacional. La inversión privada se concentró en apenas tres centros urbanos y en los enclaves exportadores. Así, el desarrollo neoliberal acentuó el “desarrollo del subdesarrollo” del que habla Gunder Frank (1979), y profundizó la geografía colonial que gravita en torno a los centros mineros y agroexportadores, relegando al resto del país a una condición de semi-integración. (Mitre, 2008: 76). Como correlato político, la presencia del Estado y su capacidad de inclusión y producción de ciudadanía se restringía a determinadas ciudades y sectores sociales. Las élites políticas y económicas, en suma, seguían siendo tan incapaces como siempre de generar fuertes mimbres de pertenencia colectiva a la comunidad política boliviana, de producir un bloque histórico para el que la persecución de los intereses particulares de la clase rectora coincidiese con el avance general de la sociedad.

3. RUPTURA Y ARTICULACIÓN DEL “PUEBLO”

3.1 Concatenación de demandas insatisfechas y dicotomización del espacio social

El ambicioso proyecto neoliberal de reforma del Estado se desplegó sobre este escenario de fragmentación territorial y vacío hegemónico. Las reformas económicas neoliberales redujeron en consecuencia el aparato productivo nacional y la capacidad de intervención económica del Estado más allá de la salvaguarda de la inversión extranjera y los derechos de propiedad. Al mismo tiempo, las demandas sociales dirigidas al Estado aumentaban en forma dramática, fruto del impacto

empobrecedor de la desregulación económica y las irónicas expectativas de ascenso social individual generadas por la retórica oficial meritocrática y de progreso asociado a la “apertura al mundo”, encarnado en la inversión extranjera¹¹.

La combinación de un aumento de las demandas sociales y de su urgencia e intransigencia, con la creciente dificultad –fiscal, organizativa- del Estado para satisfacerlas provocó lo que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe denominan una “cadena de equivalencias”: un conjunto de reivindicaciones entre las que se establece una solidaridad que sobrepasa sus contenidos corporativos, y expresa un rechazo común a la estructura de poder que impide su realización. (1985: 129) El amplio consenso interno y transversal de las elites políticas partidarias, y el compromiso de todas ellas con el mismo programa de reforma expresado en toda la combinación e gobiernos de coalición posibles (Vega, 2006) sirvió durante años para aislar y arrinconar las resistencias sociales corporativas contra determinadas reformas económicas. No obstante, sentó también las bases para que, en el momento en el que estas resistencias comenzasen a concatenarse, pudiesen provocar una ruptura del sistema político. A esta ruptura, caracterizada por una dicotomización de la sociedad en el polo de “las élites” y “el pueblo”, se le denomina en este capítulo, junto con Laclau, “ruptura populista” (Laclau, 2006).

El Estado neoliberal, apoyado en la dispersión de los sectores subalternos, en la concertación entre todos los partidos políticos tradicionales y en el apoyo internacional, se desarrolló de 1985 hasta el 2000 sin demasiados sobresaltos. Ese año, una revuelta contra la privatización de la gestión del agua en la ciudad de Cochabamba sacudió el país y obligó al gobierno a dar marcha atrás¹². Se abrió simbólicamente así un período en el que se sucedieron las protestas de numerosos sectores sociales, ninguna de las cuales encontraba canalización a través del sistema de partidos y la administración estatal en forma individual. De esta forma, se iba fraguando entre todas ellas una cierta “solidaridad” horizontal, en tanto vinculadas por su exclusión de la política institucional, percibida como un bloque cerrado e incomunicado con los sectores más desfavorecidos. García Linera dice que en ese momento *lo local se articula en torno a una demanda general movilizadora:*

11 El libro *Impasse in Bolivia* de Benjamin Kohl y Lynda Farthing (2006) es tal vez el estudio más exhaustivo y documentado sobre las reformas neoliberales en Bolivia, entendidas como un proyecto unitario de Estado, incomprensible si –siquiera a efectos conceptuales- se separan las medidas de ajuste y desregulación económicas de las reformas más estrictamente “políticas”. Esta obra es la referencia fundamental para el análisis del pasaje de la quiebra del modelo neoliberal a la consolidación del Gobierno de Evo Morales, que se entiende aquí como crisis de estado y posterior reconstrucción hegemónica.

12 Para conocer más sobre la que se llamó la “Guerra del Agua” en Cochabamba, ver Olivera “La Coordinadora del Agua y la insubordinación popular” (2006).

la defensa de los recursos públicos, de los recursos comunes (García, 2010) Esta será la dinámica fundamental de construcción del pueblo en adelante.

La “Guerra del Gas”¹³ en octubre de 2003, funcionó como condensación de todas estas demandas parciales o “corporativas” en torno a la oposición al proyecto del gobierno de entregarle la comercialización del Gas boliviano a empresas multinacionales que pretendían exportarlo hacia Chile y California, emergió una revuelta que se convirtió en una insurrección al chocar con la feroz represión estatal, con la ciudad plebeya y aymara de El Alto como epicentro.

Zizek dice que *conviene dar con el caso particular que otorgue eficacia a la noción ideológica (...)* Algo que sucede cuando *un hecho puntual acaba revestido con los ropajes de lo “típico” (...)* y acaba sirviendo *para traducir la abstracta y vacía noción universal en una noción que queda reflejada en, y puede aplicarse a, nuestra “experiencia concreta”* (2007: 14) y fue exactamente eso lo que sucedió en torno a la consigna “El Gas no se vende”, que acabó siendo el ejemplo concreto que expresaba un resentimiento generalizado y difuso contra las élites blancas y sus reformas neoliberales.

La defensa de los hidrocarburos fue capaz de funcionar como aquella demanda que se eleva por encima del resto como representante de una cadena equivalencial de demandas insatisfechas –los salarios impagados a empleados públicos, el recorte de ayudas a la producción familiar campesina frente al sector agroexportador, la carencia de tierra de las comunidades indígenas en el oriente amazónico del país, la falta de respeto por la administración indígena de justicia y el desprecio por los pueblos originarios, los efectos regresivos de la privatización de los recursos naturales y empresas estatales, la carestía de la vida, los despidos en la minería, la reducción de sueldo de los maestros rurales, etc.- y la consolida como identidad colectiva en una división antagónica del campo político. Esa identidad ya es algo más que la suma de las reclamaciones al sistema político insatisfechas. La lucha por el gas boliviano pasó así a ser el punto central que anclaba diferentes significantes, tales como “patria”, “democracia”, “justicia”, “dignidad”, en un discurso que enfrentaba al pueblo boliviano con “los neoliberales” que le querían vender la patria al capital transnacional, encarnado en “los gringos” y el siempre odiado Chile. La punta de lanza fue la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, que llegó a ser el “afuera constitutivo” contra el que se unificaban las demandas antes dispersas. De un conjunto de reivindicaciones parciales dispersas, se acaba de construir una voluntad colectiva

13 Para una buena narración de la “Guerra del Gas” ver: Gómez (2004); para un texto explicativo del “Ciclo rebelde” que quebró el modelo neoliberal en Bolivia, ver: Hylton y Thomson (2007); por último, para una consideración sobre la repercusión global de aquel ciclo de insurgencia subalterna, ver: Errejón, Espasandín e Iglesias (2007).

unitaria, aún si por el momento exclusivamente destituyente, de *la parte de los que no tienen parte*, en palabras de Ránciere (2007: 46).

Lo que posteriormente se llamó la “Agenda de octubre” fue un conjunto de consignas –“Reforma agraria, nacionalización del gas y Asamblea Constituyente” que funcionaron como “condensadores” de una diversidad de quejas en un proyecto de ruptura con el orden institucional que se iba haciendo hegemónico, de manera equivalente a como Althusser (1967: 49-86) entiende que funcionó la consigna bolchevique “paz, pan y tierra” en la Revolución Rusa.

Esta construcción no era una mera descripción de sujetos preconstituidos, sino que, en un acto nominativo, constituía al “pueblo” que debía, desde ese mismo momento, gobernar el país. Las reformas económicas y la crisis de la minería de estaño habían terminado con la centralidad obrera, y habían hecho implosionar el campo popular en una diversidad de figuras productivas y pertenencias étnicas, territoriales y de clase. La heterogeneidad de los sujetos subalternos se rearticuló así en la operación discursiva que construyó lo nacional-popular, esta vez con un papel fundamental de lo indígena. No había nada de necesario en dicha operación: estamos ante la contingencia de la hegemonía.

3.2 El MAS y EVO como catalizadores de la nueva identidad popular

La revuelta de 2003 tumbó al Gobierno de Sánchez de Lozada e impidió por dos años cualquier intento de restauración del modelo neoliberal o el viejo sistema de partidos, ya herido de muerte frente a un movimiento popular mayoritario y con demostrado poder destituyente.

En Diciembre de 2005, las elecciones presidenciales y legislativas habían adquirido un carácter plebiscitario: de un lado, la coalición PODEMOS, formada con los retazos del “viejo orden”, por otro lado Evo Morales y el Movimiento Al Socialismo, jugando el papel de catalizadores del movimiento popular, del “pueblo” como el nombre de lo irrepresentable en el viejo orden.

El MAS había sido hasta 2002 un instrumento electoral de los sindicatos cocaleiros de los valles de Cochabamba, un instrumento de defensa de los intereses sectoriales de los campesinos dedicados al cultivo de hoja de coca. Lo que sucedió es que este sector, en su lucha contra las políticas de erradicación de los cultivos, adquirió una significación nacional: en su lucha, los cocaleros enfrentaban al imperialismo norteamericano que era quien ordenaba y en algunos casos ejecutaba

la erradicación de los cocaleros¹⁴, enfrentaban el desprecio por las costumbres y las culturas de los pueblos indígenas, y contestaban las políticas neoliberales¹⁵ y sus efectos de empobrecimiento de las mayorías sociales.

Es significativa a ese respecto la consigna del movimiento cocalero: *¡kawsachun coca, wañuchun yanquis!* -¡Viva la coca, mueran los yanquis! que pronto se extenderá a todo el movimiento indígena-campesino. La demanda “particular” de los cocaleros podía aparecer entonces como encarnando el “universal”: defensa de la soberanía nacional, defensa de los pueblos indígenas y rechazo al neoliberalismo. (Stefanoni y Do Alto, 2006) (Dunkerley, 2007: 81)

El liderazgo del MAS era plausible porque expresaba un desplazamiento discursivo que ya estaba en marcha: la *plebs* del país –los pobres y los indios- pasaba a encarnar el *populus* boliviano. Las clases populares indias y mestizas se hacían nación, por oposición a las élites blancas conductoras de las reformas económicas, acusadas de “vender la patria”. La presencia en los bloqueos de carreteras y en las marchas de protesta de las banderas bolivianas y de las wiphalas¹⁶ revelaban claramente esta división del campo político y la construcción del “pueblo antineoliberal” boliviano.

El MAS pasó así de partido local-sindical a partido nacional-popular, pudiendo postularse en las elecciones de 2005 como el representante del pueblo olvidado de Bolivia. Su éxito electoral por un histórico 54% debe entenderse en consecuencia como una manifestación de su capacidad de representar y articular ese bloque indígena y popular antineoliberal. El término “indígena” aquí es clave, pues revela una diferencia central con la Revolución Nacional de 1952: la centralidad de la identidad indígena en los discursos, símbolos y movilizaciones de las protestas, y después en el programa de reforma estatal y en las élites destinadas a aplicarlo. (Rivera, 2007) (García Linera, 2007b).

14 Subercaseaux y Sierra sostienen que por medio de los programas de “coca cero” Estados Unidos pretendía externalizar su problema interno de consumo de cocaína (2007: 152-153) Sobre las problemáticas complejas del cultivo de coca, el narcotráfico, y sus implicaciones políticas, ver Subercaseaux y Sierra (2007: Capítulo 16) y Berniola González (2008)

15 El vínculo entre neoliberalismo y políticas de “coca cero” proviene de la supeditación del gobierno boliviano a los préstamos de instituciones financieras internacionales y de Estados Unidos para las reformas estructurales; la primera condición de estos préstamos fue, desde mediados de los años 1990, la erradicación total de los cultivos de coca. La resistencia de los campesinos cocaleros, por consiguiente, pasó a enfrentar toda la fuerza de los aparatos represivos del Estado boliviano.

16 La *wiphala* es la bandera de los pueblos originarios de la América andina, hoy cooficial en Bolivia junto a la nacional tradicional, como símbolo del Estado Plurinacional.

El liderazgo carismático de Evo Morales es en sí mismo expresión y elemento principal de producción de esta frontera. La legitimidad “de origen” de Morales es mucho más fuerte que la de “ejercicio”, por decirlo en términos clásicos de Ciencia Política. Si un valor ostenta el Presidente boliviano es encarnar, por su propia biografía, el “pueblo” boliviano que con él se hace gobierno: indígena aymara pero emigrado al trópico cochabambino mayoritariamente quechua –y por tanto expresión de las fronteras móviles e híbridas que lo indígena tiene en Bolivia- campesino que ha pasado por decenas de ocupaciones diferentes con la miseria siempre como telón de fondo, maltratado por los *gringos* y despreciado por las élites tradicionales del país... Evo es, en términos de Zizek, el ejemplo concreto que representa el universal, *el caso particular que otorgue eficacia a la noción ideológica* (Zizek, 2007: 14). De esta manera, el principal símbolo político de la articulación heterogénea que es el *pueblo* indígena y pobre de Bolivia se llama Evo¹⁷, como se recuerda en el título de este capítulo.

Desde la victoria en las elecciones de 2005 –que fueron principalmente un referéndum entre el MAS y las “viejas élites”, lo que benefició enormemente al primero- y con el proceso constituyente como marco principal, el Gobierno de Evo Morales ha venido desplegando así su hegemonía: el Gobierno de los más para los más, en palabras de Evo: *del pueblo para el pueblo boliviano*.

3.3 Conflicto regional y el discurso de la “Media Luna”

La amenaza más destacada que ha enfrentado ha sido la de lo que en otro lugar he denominado una “derecha regionalizada” (Errejón, 2008), atrincherada en las identidades territoriales del oriente del país, representada en su discurso como la “Media Luna” amazónica –por más inconsistencias geográficas que esta imaginación espacial contenga. Por medio de esta operación, la oposición articulaba, desde los intereses empresariales exportadores, una identidad popular regional diferenciada de la identidad popular nacional. La primera estaba asociada a la belleza, la modernidad y la prosperidad, mientras que la segunda se vinculaba con lo indio, lo atrasado, lo pobre y antidemocrático (Soruco, 2004) (Assies, 2006) (Waldman, 2008) La reivindicación autonómica fue entonces la bandera de esta confrontación, destinada a limitar la capacidad del Estado de modificar el patrón de acumulación dependiente y exportador, al menos mientras éste estuviese en ma-

17 Sobre el papel crucial de los liderazgos carismáticos en los movimientos “populistas”, ver: “El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios” (Raby, 2006). Una biografía autorizada puede encontrarse en “Jefazo” (Sivak, 2008). Sobre el “evismo” como la ideología oficialista hoy en Bolivia, sus alcances y sus límites, reflexiona con brillantez Pablo Stefanoni en este mismo libro.

nos del bloque indígena y popular. En realidad, por esta misma razón, se traba más un proyecto federal destinado a “liberar” a los polos de inversión extranjera y agroexportación como Santa Cruz de la “carga” del Estado central gobernado desde el altiplano “improductivo”.

La identidad regionalista oriental fue la única narrativa con capacidad de propiciar una articulación de grupos sociales heterogéneos alternativa al, y de hecho rivalizando con, el discurso oficialista “nacional-popular indígena”. A la ordenación de la sociedad boliviana en torno a una frontera que dividía a las mayorías nacionales empobrecidas de las minorías racistas y “vendepatrias”; el discurso de la Media Luna oponía una distinción entre la mayoría mestiza, emprendedora y partidaria de la democracia, cuya expresión, núcleo y prueba de éxito era a ciudad de Santa Cruz de la Sierra, frente al altiplano aymara arcaico y el estado centralista, corrupto, ineficaz y liberticida de La Paz¹⁸. El primer discurso, oficialista, construía con éxito una mayoría social por la cual los sectores subalternos, pobres e indígenas, eran la expresión del universal “ser boliviano”. El segundo, de los grupos conservadores regionalistas, aspiraba a construir una mayoría social articulada sobre la elección entre prosperidad y libertad o pobreza y autoritarismo; aunque tenía pocas posibilidades de tener éxito a escala nacional, ese relato convirtió las regiones orientales, durante todo el proceso constituyente, en bastiones opositores, y focos permanentes de resistencia que estuvieron a punto de provocar el colapso de la Asamblea Constituyente y la reforma del Estado.

Este choque histórico, que el vicepresidente García Linera definió como un “empate catastrófico”, terminó con el agotamiento militar, político y electoral de la derecha regionalizada entre agosto y octubre de 2008¹⁹. También la inclusión de la principal reivindicación de la derecha regionalizada, la de “autonomía departamental” en la Constitución Política del Estado y en el discurso oficialista. Por una parte esto habla del componente siempre negociado de la hegemonía, y muestra como el MAS difumina en cierta medida sus posturas iniciales –marcadamente opuestas a dar más poder a los departamentos- para ganar en extensión lo que pierde en intensidad. Al mismo tiempo, es evidente que esta medida ha privado a los Comités Cívicos y Prefecturas, los organismos de movilización del regionalismo conservador, de su reivindicación cons-

18 En *¡Ahora es cuando carajo! De el asalto a la transformación del Estado en Bolivia*. Errejón Íñigo y Alfredo Serrano (comp.) El viejo Topo 2011. Ver los trabajos de Helena Argirakis y de Ximena Soruco, que abordan con la profundidad que merece el estudio del discurso político y la genealogía de las élites políticas regionalistas del oriente boliviano. Sobre este mismo tema es especialmente recomendable el libro “Los barones del oriente” (Soruco, 2008).

19 Para un análisis de la evolución en esta correlación de fuerzas, ver: García Linera (2010).

titutiva y principal bandera, obligándoles a una dura elección entre la marginalidad política, en la que han caído los sectores opositores más rupturistas, o el peligroso acercamiento al campo oficialista en expansión²⁰ No obstante, esta medida ha comportado un riesgo mayor de difuminación de los contornos de la identidad “masista”.

Desde entonces todas las citas electorales han mostrado un panorama caracterizado por la existencia de un solo partido nacional, el MAS, y una oposición fragmentada y localizada en sus feudos del oriente, en los que incluso retrocede²¹. La cuestión fundamental es que no existe hasta ahora ningún discurso capaz de pugnar con el nacional-popular para rearticular diferentes sectores sociales en un bloque opositor.

4. RECAPITULANDO: DESPLIEGUE DE LA HEGEMONÍA Y TENSIONES ACTUALES

En este artículo se ha defendido que el Gobierno del Movimiento Al Socialismo y Evo Morales en Bolivia ejerce un poder político que va más allá de un cúmulo de victorias electorales o del control de determinados resortes de poder. A este ejercicio del poder caracterizado por la articulación y construcción de una amplia voluntad general a partir de sectores sociales heterogéneos se le denomina *hegemonía*.

Antes de comenzar con la discusión del proceso político boliviano, se han trazado muy brevemente las líneas fundamentales del marco teórico desde el que se analiza: la Teoría del Discurso, el concepto de “hegemonía” tal y como es desarrollado en el pensamiento gramsciano, y el énfasis añadido por Laclau en la operación –siempre antagonica– de construcción del “pueblo”, para él, *la operación política por excelencia* (Laclau, 2005: 192).

El trabajo de articulación y atribución de significado político a hechos sociales, que conocemos como “discurso”, no opera sobre el vacío, sino sobre condiciones de partida, históricamente heredadas. El resultado de este trabajo político no puede derivarse de ninguna configuración “estructural” –económica, cultural, geográfica– previa a la política: es contingente, pero en modo alguno aleatorio o arbitrario. Por ello es necesaria la contextualización histórica. En el epígra-

20 Sobre la inclusión de las reivindicaciones autonomistas en el texto constitucional y sus implicaciones para la reforma del Estado, ver el libro *Del conflicto al diálogo. Memorias del acuerdo constitucional* de Romero, Böhr y Peñaranda (200), todos ellos exconstituyentes.

21 Así lo demostraron las elecciones presidenciales de diciembre de 2009 e incluso las departamentales y locales de abril de 2010. En estas últimas, incluso con un ligero retroceso del oficialismo, el MAS se revela como el único partido de alcance nacional, mientras que la supuesta “Media Luna” opositora se resquebraja reflejando el declive del proyecto de la hegemonía regional conservadora.

fe dos, y usando principalmente las herramientas de la geografía política, se ha caracterizado el desarrollo del Estado boliviano como marcado por procesos de periferia y fragmentación espacial, que están en la raíz de la incapacidad hegemónica histórica de sus élites: la enorme dificultad para integrar a los grupos sociales dominados en una estructura institucional y de sentido que identifique los intereses de la clase rectora con el avance social general. Es sobre este escenario que debe entenderse el proyecto neoliberal de reforma del estado (1985-2000), una empresa ambiciosa que abarcó transformaciones en la mediación entre individuo, sociedad y Estado, en el patrón de acumulación y desarrollo económico y en la gestión de la “gobernabilidad” a través de los pactos transversales que implicaban todo el sistema de partidos.

El epígrafe tercero arranca en la crisis del modelo neoliberal, y el peso de las contradicciones en un Estado impactado por las crecientes movilizaciones sociales y en un sistema político en creciente desconexión con la ciudadanía. En esta situación, la acumulación de reivindicaciones desatendidas generó progresivamente una dinámica de “ruptura populista” que abrió una brecha entre el status quo y la gran mayoría de bolivianos que ya no confiaban en él. Evo Morales y el MAS funcionaron entonces como “catalizadores” de una identidad política en formación, que en el artículo se define como “nacional-popular indígena” en razón de su forma de constitución, su diagnóstico de la realidad y la reordenación del espacio social boliviano que produce: una articulación de sectores sociales heterogéneos, agrupados en torno a un relato que identifica el interés nacional con aquel de las mayorías sociales empobrecidas e indígenas. Esta es la construcción discursiva sobre la que descansa la hegemonía oficialista, que se ha ido expandiendo hasta su consolidación, que se fija entre finales de 2008 y finales de 2009.

La capacidad de esta identidad popular para inscribir las necesidades y aspiraciones de una amplia mayoría social en su interior goza de buena salud, y en ella descansa la conducción “plebeya” del Estado. Sin embargo, existen dos riesgos en el futuro próximo, que consisten en el colapso, por un lado, y el vaciamiento y disolución de esa identidad popular nacionalista, por el otro. La interpretación de los mismos se hace siguiendo la reflexión de Aboy (2005: 135-136) sobre la tensión constitutiva a las fuerzas políticas que han llegado al poder representando una ruptura populista, y que una vez en el Gobierno necesitan tanto disolver el antagonismo para estabilizar la comunidad política como estimularlo para mantener la identidad popular en la que descansan.

El primero de los riesgos para la hegemonía del MAS estriba en que las transformaciones estatales no satisfagan los anhelos de los sectores más desfavorecidos. Cada

uno de los grupos articulados en la nueva voluntad colectiva nacional-popular ha renunciado sólo parcialmente a su autonomía, pero esto no dura eternamente. Sólo la satisfacción de las demandas inscritas en el oficialismo puede asegurar la fidelidad de los grupos que hoy apoyan al gobierno. Esta es una tensión flexible pero sólo hasta cierto punto. Dicho en forma más clara: quienes esperaban la reforma agraria en el oriente latifundista, la financiación de la diversificación industrial y de programas sociales para los sectores populares gracias a la redirección estatal de los excedentes de los hidrocarburos, o el fin de la primacía cultural e institucional de lo blanco y occidental frente a lo indígena, basarán su adhesión futura al gobierno en el cumplimiento, parcial o total, de esos objetivos.

Estrechamente relacionada con esta cuestión se presenta la segunda. El enfrentamiento con la derecha racista y sus tentativas golpistas ha sido, hasta ahora, el principal elemento de cohesión del sujeto popular que terminó con el Estado liberal y aupó al gobierno al MAS. Actualmente, con esa derecha dispersa y deshecha como adversario, es principalmente la figura del presidente Evo Morales la que cristaliza esa identidad nacional-popular-indígena. En esa tarea concurren, también, los símbolos del nuevo Estado, y el manido “proceso de cambio” como consigna oficial. Sin embargo, sin una producción ideológica propia que nutra de cuadros políticos dirigentes al bloque en el poder y de un ideario de transformación que haga inteligible la situación actual –y no sólo la oposición al neoliberalismo hoy sólo resucitado como fantasma por el oficialismo– el sustento del Gobierno por los movimientos sociales peligra. No parece probable que se produzca una ruptura entre el MAS y los sindicatos y organizaciones vecinales y comunitarias. El peligro vendría más bien de la “clientelización” de este vínculo: que sin una articulación ideológica fuerte, el “proceso de cambio” pierda todo contenido particular y se convierta en un signifiante tan vacío que dentro de él quepa todos los actores y todas las posiciones, y el cemento que los una sea el reparto patrimonialista de cargos en el Estado y el partido. Algo de eso hay en los ligeros retrocesos del MAS en sus feudos tradicionales en las últimas elecciones municipales en abril de 2010.

La hegemonía nacional-popular indígena es el resultado de la articulación discursiva de demandas de los sectores populares en una cadena cristalizada en torno a símbolos concretos –el gas y la renuncia de Sánchez de Lozada en 2003, Evo y el “proceso de cambio” actualmente– que expresan una nueva identidad de “pueblo”. El pueblo construido en Bolivia, indio y plebeyo, anticolonial y antineoliberal, explica el cambio político en el país y la hegemonía del MAS depende de su representación. La continuación y profundización de este cambio dependerá de que el bloque indígena y popular sepa seguir siendo “nación” sin renunciar por ello a sus contenidos particulares. Los dos abismos a evitar son por tanto la ruptura del “pueblo” en añicos de demandas corporativas sin ningún horizonte de articulación, por

un lado, y la ampliación de esta identidad hasta un punto en el que nadie quede fuera del “pueblo” oficialista de Bolivia, mero protocolo para el ascenso social individual a través del Estado, por el otro. En ese momento las luchas se desarrollarían necesariamente al interior del oficialismo. No es una posibilidad demasiado lejana.

Los últimos episodios en el país, como el “gasolinazo” de los últimos días de 2010, o algunas tensiones internas entre el Ejecutivo y los sindicatos aliados, o al interior de éstos últimos entre dirigentes y bases, indican que la cohesión total del “pueblo” es siempre una construcción metafórica, un horizonte imposible en último término. Más si cabe desde el gobierno, en la medida en que el diseño y adopción de políticas públicas obliga siempre –y más en un estado de recursos escasos- a elegir y priorizar entre necesidades y grupos sociales.

Sin embargo, la robusta salud del Gobierno de Evo Morales, pese a sus errores, contradicciones y obstáculos, y sobretodo la progresiva adopción de su lenguaje y marcos de sentido por el resto de fuerzas políticas, son sin duda la huella de la hegemonía. La emergencia pública de los grupos subalternos – indígenas y pobres en un país en el que “la etnia es una metáfora de la clase y viceversa” (Saint-Upéry, 2008)- es un hecho irreversible, hasta el punto de que ni los actores más reaccionarios son capaces de imaginar una recomposición política del *status quo* elitista que niegue a los indios.

En cierto sentido, las tensiones del proceso constituyente, las que enfrenta actualmente el Gobierno de Evo Morales y las que están por venir, son consecuencia lógica de una apertura radical en la política boliviana: la irrupción, ¡y protagónica!, de *la parte sin parte*, en unas estructuras que se asentaban sobre el sentido sedimentado de su invisibilidad. La conflictividad de la vida política boliviana, por tanto, ha sido y es un síntoma saludable de tensión emancipadora y democrática.

- Aboy Carlés, G. (2005): "Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación" en *Estudios Sociales*, 28 [primer semestre 2005], Buenos Aires. Pp. 125-149.
- _____ (2009): "Nacionalismo e indigenismo en la Bolivia de Evo Morales ¿La radicalización del populismo" en Aribar Julio y Vázquez, Daniel (coords.) *¿Autoritarismo o Democracia? Hugo Chávez y Evo Morales* México DF: FLACSO. Pp. 259-287.
- Alcántara, M. 1995 "Crisis y política en América Latina" en VVAA *La crisis de la Historia*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Althusser, L.(1967): "Contradicción y sobredeterminación" en *La revolución teórica de Marx*, México DF: Siglo XXI.
- Anderson, P. (1981). *Las antinomias de Antonio Gramsci, Estado y revolución en Occidente*, México: Fontamara [2ª edición]
- Assies, William, 2006: "La Media Luna sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social" en *América Latina Hoy* 43. Pp. 87-105
- Berniola, Susana González (2008) "El conflicto cocalero en Bolivia como resultado del imperialismo estadounidense" *Nómadas*, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas 17 2008.1. México DF.
- Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2004) *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Calderón F. y Jelín E. 1996 *Clases y movimientos sociales en América Latina* Buenos Aires: CEDES
- Campione, D. (2007): *Para leer a Gramsci* Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Canovan, M. 1981 *Populism* Londres: Junction Books.
- Cardoso, F. H. 1973 *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes* México DF: Siglo XXI.
- Di Tella, T. 1965 "Populism and Reform in Latin America" en Claudio Véliz (comp.) *Obstacles to Change in Latin America*, Londres-Nueva York: Oxford UP, pp. 47-74
- _____ 2001 "Populismo" en T. Di Tella et. al. (ed.) *Diccionario de Ciencias sociales y políticas* Buenos Aires: Emecé, Pp. 564-568
- Dunkerley, James (1984): *Rebellion in the veins. Political Struggle in Bolivia 1952-1982*. London: Verso.
- _____ (2007): *Bolivia: Revolution and the power of history in the present*. London: Institute for the Study of the Americas.

- Errejón, Íñigo, Espasandín, Jesús e Iglesias, Pablo (2007): “El regreso de Túpac Katari. Bolivia y los procesos de transformación global del capitalismo” En *Tábula Rasa* 7: 111-148 Bogotá.
- Errejón, I. (2008): “La crisis estatal en Bolivia: de la llegada al Gobierno del Movimiento Al Socialismo a los referendos revocatorios” en *Papeles de Trabajo América Latina siglo XXI*, Fundación CEPS: Valencia.
- _____ (2010): “Geografía del proceso político boliviano. Nuevo Modelo de Estado y Territorialización del Conflicto” en *New Cultural Frontiers* 1/1 (2010) Pp. 77-100.
- _____ (2010b): “**Somos MAS. Un análisis discursivo de la construcción del pueblo boliviano durante el primer gobierno de Evo Morales en Hals, Sciences de l’Homme et de la Société, 9/2010.**
- _____ (2011): *La construcción de hegemonía durante el primer Gobierno del Movimiento Al Socialismo (MAS) en Bolivia (2006-2009): Un análisis discursivo*. [Recurso electrónico]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Servicio de Publicaciones.
- _____ (2011b) **La construcción discursiva de identidades populares** en *Viento Sur* N° 114, Enero 2011; y “*También en Europa*: posibilidades populistas en la política europea y española” en *Viento Sur* N° 115, Marzo 2011 [En prensa]
- Frank, A. G. (1979): *Dependent Accumulation and Underdevelopment*. New York, Monthly Review Press.
- Femia, J. (1987): *Gramsci Political Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- García Linera, Á. (2007) “Condición obrera y forma sindicato en Bolivia” en Espasandín López, Jesús e Iglesias Turrión, Pablo, *Bolivia en Movimiento. Acción Colectiva y Poder Político*. 2007, Barcelona, El Viejo Topo 129-154.
- _____ (2007b): “Estado Plurinacional. Una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indígenas” en García Linera, Álvaro; Tapia Mealla, Luis y Prada Alcoreza, Raúl: *La transformación pluralista del Estado* La Paz: Muela del Diablo Editores. Pp. 19-88
- _____ (2010): “Punto de Bifurcación y consolidación del nuevo Estado” en Svampa, Maristella; Stefanoni, Pablo y Fornillo, Bruno, *Balanza y perspectivas. Intelectuales en el primer gobierno de Evo Morales* La Paz: Archipiélago/Fundación Ebert/Ildis/ Le Monde Diplomatique. Pp. 13-34.
- Germani, G. (1978): *Authoritarianism, Fascism and National Populism* Nueva Jersey: Transaction Books.
- Gómez, Luis A. (2004): *El Alto de Pie. Una insurrección aymara en Bolivia*. La Paz, Preguntas Urgentes Textos Rebeldes.

- Gramsci, A. (2000 [1929-1937]): *Cuadernos de prisión* México DF: Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 6 vol.; traducción de la edición del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valerio Gerratana.
- Gramsci, A. (1974): *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Harvey, David, (2002) *El Nuevo Imperialismo*, Madrid: Akal.
- Hylton, Forrest y Thomson, Sinclair (2007): *Revolutionary Horizons. Past and Present in Bolivian Politics*. New York: Verso.
- Ianni, O. (1975): *A formação do Estado populista na America Latina* Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Kohl, Benjamin y Farthing, Linda (2006): *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. New York, Zed Books.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1985): *Hegemony and Socialist Strategy* London: Verso.
- Laclau, E. (ed.) (1994): *The making of political identities*. London: Verso
- _____ (2005): *La Razón Populista* Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires
- _____ (2006): 'La Deriva Populista y la Centro Izquierda Latinoamericana.' *Nueva Sociedad* 205, Septiembre-Octubre pp. 56-61.
- Mandel, Ernest" (1978): *Late capitalism*. London, Verso.
- Mc Dougall, W. 1920 *The Group Mind*, Cambridge (UK) Cambridge: University Press.
- MacRae, D. "Populism as an ideology" en G. Ionescu y E. Gellner (comps.) 1969 *Populism. Its Meanings and National Characteristics*, Londres: Macmillan [trad. esp. *Populismo, sus significados y sus características nacionales*, Buenos Aires: Amorrortu, 1970]
- Méndez, A. y Morales, E. "Los populismos en América Latina", *Cuestiones Políticas* IEPDP-Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, n° 34, enero-junio 2005.
- Minogue, K. "El populismo como movimiento político" en G. Ionescu y G. Gellner (comps.), *op. Cit.* Pp. 197-211.
- O'Donnell, G. 1972 *Modernización y Autoritarismo*, Buenos Aires: Paidós.
- Olivera, O. "La Coordinadora del Agua y la insubordinación popular" en VVAA (2006): *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*". La Paz, Tercera Piel, Pp. 77-86.
- Panizza, F. (2008): "Fisuras entre Populismo y Democracia en América Latina" en *Stockholm Review of Latin American Studies* Issue No. 3, December 2008. pp. 81-93.
- Portantiero, J. C. (1999): "Los usos de Gramsci" en *A. Gramsci. Escritos Políticos (1979-1933)* México DF: Grijalbo.
- Portelli, H. (1974): *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Postero, Nancy (2007): *Now We Are Citizens. Indigenous Politics in Postmulticul-*

- tural Bolivia*. Stanford, Stanford University Press.
- Poulantzas, N. (1979): *Estado, poder y socialismo*, Madrid: Siglo XXI.
- Raby, Diane (2006): "El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios" *Cuadernos del CENDES*. Año 23. N° 72 Tercera época. Mayo-Agosto 2006. Pp. 59-72.
- Ránciere, J. (2007): *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Regalsky, Pablo (2003): *Etnicidad y clase. El Estado boliviano y las estrategias andinas de manejo de su espacio* La Paz: CEIDIS/ CESU-UMSS/CENDA y Plural Editores.
- Rivera, Silvia (2007): "Que el pasado sea futuro depende de lo que hagamos en el presente. Enseñanzas de la insurgencia étnica en Bolivia" en Espasandín López, Jesús e Iglesias Turrión, Pablo, *Bolivia en Movimiento. Acción Colectiva y Poder Político*. Barcelona, El Viejo Topo Pp. 101-128.
- Romero, C. (2006): *El proceso constituyente boliviano. Crisis de Estado (Serie 1)*. Santa Cruz de la Sierra: CEJIS.
- Romero, Carlos; Böhrtr Irahola, Carlos; y Peñaranda, Raúl (2009): *Del conflicto al diálogo. Memorias del acuerdo constitucional*. La Paz: FES-ILDIS y FBDM.
- Saint-Upéry, Marc (2008): "¿Hay patria para todos? Ambivalencia de lo público y "emergencia plebeya" en los nuevos gobiernos progresistas" en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*. Num. 32, Quito, septiembre 2008, Pp. 75-87.
- Schmitt, Carl (2010 [1947]): *Diálogo sobre el poder y el acceso al poderoso*, Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- Sivak, Martín (2008): *Jefazo. Retrato íntimo de Evo Morales*. Santa Cruz de la Sierra: El País.
- Soruco, Ximena (coord.) (2008): *Los barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy*. Fundación Tierra: Santa Cruz.
- Stefanoni, Pablo y Do Alto, Hervé (2006): *Evo Morales, de la coca al Palacio. Una oportunidad para la izquierda indígena*. La Paz, Malatesta.
- Subercaseaux, Elizabeth y Sierra, Malú (2007): *Evo. Despertar Indígena*, Tafalla, Txalaparta.
- Tapia, L. (2004): "Crisis y lucha de clases" en *Memorias de Octubre*, La Paz: Muela del Diablo.
- Taylor, Peter y Flint, Colin (2002): *Geografía Política: Economía-mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama Editorial.
- Touraine, A. (1989): *América Latina: Política y Sociedad* Madrid: Espasa Calpe
- _____ (1998): "Las políticas nacional-populares" en Mackinnon, M. M. y Petrone, A. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba.

- Vega, Oscar (2006): “¿Qué es la democracia? La metamorfosis de la política en Bolivia” en VVAA (2006): *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*. La Paz, Tercera Piel, Pp. 185-198.
- Vilas, Carlos M. (1981): “El populismo como estrategia de acumulación: América Latina” en *Críticas de la economía política* n° 20/21 julio/diciembre 1981, México DF pp. 95- 147.
- Waldmann, Adrián, (2008): *El hábitus cambia. Estudio etnográfico sobre Santa Cruz de la Sierra*. Santa Cruz de la Sierra: Editorial el País.
- Wallerstein, I. (2005 [1974]): “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System”, *Comparative Studies in Society & History* XVI, 4 (septiembre de 1974), Cambridge University Press, en *Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos. Un análisis desde los sistemas-mundo*. Akal, Madrid, 2005. pp. 387-415
- Wiles, P. (1970): “A syndrome, not a doctrine: Some elementary theses on Populism” en G. Ionescu y E. Gellner (comps.) 1969 *Populism. Its Meanings and National Characteristics*, Londres: Macmillan [trad. Esp. *Populismo, sus significados y sus características nacionales*, Buenos Aires: Amorrortu, 1970]
- Worsley, P. (1970): “The concept of populism” en G. Ionescu y G. Gellner (comps.), *Populism. Its Meanings and National Characteristics*, Londres: Macmillan [trad. Esp. *Populismo, sus significados y sus características nacionales*, Buenos Aires: Amorrortu, 1970]
- Zizek, S. (2007): *En defensa de la intolerancia* Madrid: Sequitur